

las de París! Se vivía en la calle de la Chanoinesse como en provincias: era preciso retirarse antes de las diez, se odiaba el ruido y no se querían mujeres ni niños para no tener que alterar las costumbres. Sólo un eclesiástico podía acomodarse á aquel régimen. La señora de la Chanterie deseaba sobre todo una persona de costumbres modestas y poco exigente, pues no podía poner en la habitación más que lo estrictamente necesario. El señor Alain (y señaló á uno de los cuatro asistentes) estaba contento, y ella trataría á su nuevo inquilino como á los antiguos.

—No creo, dijo entonces el sacerdote, que el señor esté dispuesto á venir á meterse en nuestro convento.

—¿Por qué no? dijo el señor Alain, ¡si se encuentra uno aquí perfectamente!

—Señora, repuso Godofredo levantándose, tendré el honor de venir á ver á usted mañana.

Aunque era un joven, los cuatro ancianos y la señora de la Chanterie se levantaron, y el vicario lo acompañó hasta la escalinata exterior. Se oyó un silbido, y á esta señal el portero apareció armado de una linterna, acompañó á Godofredo hasta la calle, y volvió á cerrar la enorme puerta amarilla y pesada como la de una cárcel, y adornada con clavos y arabescos de hierro de una época difícil de determinar.

Cuando Godofredo subió á un cabriolé y se encaminó hacia las regiones del París animado, iluminado y bullicioso, todo lo que acababa de ver le pareció un sueño; sus impresiones, cuando llegó al boulevard de los Italianos, habían pasado ya al estado de lejano recuerdo, y se preguntaba:

—¿Encontraré mañana á esa gente?

Al día siguiente, al levantarse en medio de los decorados del lujo moderno y de las minuciosidades del *confort* inglés, Godofredo se acordó de todos los detalles de su visita al claustro de Notre-Dame, y procuró adivinar el papel de las personas y las cosas que había visto. Los cuatro desconocidos, cuya indumen-

taria, actitud y silencio admiraba aún, debían ser huéspedes lo mismo que el sacerdote. La solemnidad de la señora de la Chanterie le parecía que debía provenir de la secreta dignidad con que soportaba grandes desgracias. Pero á pesar de las explicaciones que se daba á sí mismo, Godofredo no podía menos de atribuir un aire misterioso á aquellos discretos rostros. Escogía con la mirada aquellos de sus muebles que podían ser conservados y los que le eran indispensables; pero al transportarlos con el pensamiento á la horrible habitación de la calle de la Chanoinesse, se echó á reír del contraste que harían allí y resolvió venderlos todos y dejar que la señora de la Chanterie le amueblase el piso á su gusto. Necesitaba emprender una vida nueva, y los objetos que pudiesen recordarle su antigua habitación habían de serle necesariamente enojosos. Llevado de su deseo de transformación, pues pertenecía á esa clase de hombres que se entusiasman y avanzan de pronto en la ejecución de una idea, en lugar de ir paso á paso como hacen otros, cuando estaba almorzando se le ocurrió de repente una idea: realizar su fortuna, pagar sus deudas y colocar el resto de su capital en la casa de banca con quien su padre había tenido relaciones.

Esta casa era la casa Mongenod y Compañía, establecida desde 1816 ó 1817, y cuya reputación de probidad permanecía inmaculada, en medio de la depravación general que en mayor ó menor grado había manchado á muchas casas de París. Así, á pesar de sus inmensas riquezas, las casas Nucingen y de Tillet, Keller hermanos, Palma y Compañía, padecen un descrédito secreto, ó, si se quiere, una de esas deshonras que sólo se expresan de oído á oído. Sin embargo, los espantosos medios empleados por estos banqueros dieron hermosos resultados, y los éxitos políticos, los principios dinásticos cubrían tan bien sus sucios orígenes, que nadie piensa ya, en 1734, en el barro en que sumergen sus raíces estos árboles ma-

jestuosos, sostenes del Estado. Pero no había ningún banquero á quien no molestase el elogio de la casa Mongenod. A imitación de los banqueros ingleses, la casa Mongenod no ostenta ningún lujo exterior; se vive allí en un profundo silencio, se contentan con hacer operaciones de banca con una prudencia, una sabiduría y una lealtad que les permite negociar con seguridad de un extremo á otro del mundo.

El jefe actual, Federico Mongenod, es el cuñado del vizconde de Fontaine; de modo que esta numerosa familia está aliada por el barón de Fontaine con el señor Grossetete, recaudador general, hermano de los Grossetete y compañía de Limoges, con los Vandenesse y con Planat de Baudry, otro recaudador general. Este parentesco, después de haber valido al difunto Mongenod padre grandes favores en las operaciones financieras bajo la Restauración, le valió también la confianza de las primeras casas de la antigua nobleza, cuyos capitales é inmensas economías eran depositadas en su casa de banca. Lejos de ambicionar la dignidad de par, como los Keller, los Nucingen y los Tillet, los Mongenod permanecían alejados de la política y sólo se ocupaban de lo concerniente á su profesión de banqueros.

La casa Mongenod está establecida en un magnífico palacio, situado, entre patio y jardín, en la calle de Victoire, donde viven la señora de Mongenod madre y sus dos hijos, todos tres asociados. La señora vizcondesa de Fontaine había recibido la parte de capital que le correspondía á la muerte de Mongenod padre, ocurrida en 1827. Federico Mongenod, guapo joven de unos treinta y cinco años, de carácter frío, silencioso y reservado como un genovés y pulcro como un inglés, había heredado de su padre todas las cualidades necesarias para su difícil profesión. Más instruido de lo que son generalmente los banqueros, su educación había sido esmerada y había adquirido durante ella la universalidad de conocimientos que cons-

tituye la enseñanza politécnica; pero, como muchos banqueros, tenía una predilección por una clase de conocimientos que no tenían relación alguna con su comercio: le gustaba el estudio de la mecánica y de la química. Mongenod el menor, diez años más joven que Federico, ocupaba en el despacho de su hermano mayor el mismo cargo que ocupa el primer pasante en casa de un notario ó de un procurador; Federico lo formaba como su padre lo había formado á él, en todos los conocimientos del verdadero banquero, el cual es al dinero lo que el escritor á las ideas: uno y otro tienen que saberlo todo.

Al pronunciar su nombre de familia, Godofredo vió la gran estima en que tenían á su padre, pues pudo atravesar todas las oficinas y llegar al despacho de Mongenod. Este despacho sólo estaba cerrado por dos puertas mamparas, de modo que, á pesar de su deseo de no escuchar, Godofredo oyó la conversación que se sostenía en él.

—Señora, su cuenta de usted se eleva á un millón seiscientos mil francos, lo mismo en el Debe que el Haber, decía Mongenod el joven. No sé cuáles serán las intenciones de mi hermano, y él solo sabe si es posible hacer un anticipo de cien mil francos... Ha sido usted poco prudente... No se confía un millón seiscientos mil francos al comercio...

—Hablas demasiado alto, Luis, dijo una voz de mujer. Tu hermano te tiene recomendado que hables siempre en voz baja. No olvides que puede haber gente en el gabinete contiguo.

Federico Mongenod abrió en este momento la puerta de comunicación entre sus habitaciones y su despacho, vió á Godofredo, y atravesó el despacho saludando con respeto á la persona con quien hablaba su hermano.

—¿A quién tengo el honor...? dijo á Godofredo, á quien había obligado á pasar delante.

Tan pronto como Godofredo dijo su nombre, Fede-

rico le hizo sentarse, y mientras que el banquero abría los cajones de su mesa de despacho, Luis Mongenod y una dama, que no era otra que la señora de la Chanterie, se levantaron y se dirigieron hacia Federico. Los tres se fueron al alféizar de una ventana y hablaron en voz baja con la señora Mongenod madre, la cual conocía todos los negocios de la casa. Hacía treinta años que esta mujer había dado, ya á su marido, ya á sus hijos, pruebas de una capacidad que la constituía en una especie de socio gerente, con atribuciones para firmar. Godofredo vió en unas carpetas de cartón las etiquetas: «Asuntos de la Chanterie», con los números 1 al 7. Cuando quedó la conferencia terminada, y después de haber dicho el banquero á su hermano: «Está bien, baja á la caja», la señora de la Chanterie se volvió, vió á Godofredo, disimuló un gesto de sorpresa, é hizo preguntas en voz baja á Mongenod, el cual le respondió con algunas palabras también en voz baja.

La señora de la Chanterie llevaba zapatos de lana negra y medias de seda gris; vestía la misma bata de la víspera, é iba envuelta en una manteleta veneciana, prenda que volvía á estar entonces de moda. Cubría su cabeza una capota de seda verde forrada de seda blanca. Su cara estaba encuadrada por los encajes que guarnecían la manteleta. Se mantenía de pie en una actitud que revelaba, si no una noble cuna, por lo menos los hábitos de una vida aristocrática. Sin su excesiva afabilidad, acaso hubiera parecido demasiado altanera. En una palabra, estaba imponente.

—Más bien que la casualidad, nos reúne aquí una orden de la Providencia, caballero, dijo á Godofredo, pues estaba casi decidida á rechazar á un huésped cuyas costumbres me parecían contrarias á las de mi casa; pero el señor Mongenod acaba de darme informes de su familia de usted que me...

—¡Eh! señora...—caballero... dijo Godofredo dirigiéndose á la vez á la señora de la Chanterie y al

banquero, no tengo ya familia y venía á pedir un consejo financiero al antiguo banquero de mi padre, para acomodar mi fortuna á un nuevo género de vida.

Godofredo contó en pocas palabras su historia y manifestó sus deseos de cambiar de existencia.

—En otro tiempo, dijo, en mi situación, un hombre se hubiera hecho monje; pero hoy ya no tenemos en Francia órdenes religiosas.

—Vaya usted á casa de la señora, si ella tiene á bien aceptarle por huésped, dijo Federico Mongenod después de haber cambiado una mirada con la señora de la Chanterie, y no toque usted á su fortuna, confíemela. Deme usted una nota exacta de sus deudas, yo señalaré fecha para el pago á sus acreedores, y aun le quedarán á usted de renta unos ciento cincuenta francos mensuales. Se necesitarán dos años para liquidar sus deudas. Durante este tiempo puede usted escoger una carrera, sobre todo estando en compañía de personas que han de aconsejarle bien.

Luis Mongenod llegó en este momento llevando en la mano cien billetes de mil francos, que se apresuró á entregar á la señora de la Chanterie. Godofredo ofreció el brazo á su futura patrona y la acompañó hasta el coche.

—Hasta muy pronto, pues, caballero, le dijo con afectuosa voz.

—¿A qué hora estará usted en casa, señora? le preguntó Godofredo.

—Dentro de dos horas.

—Está bien, tengo tiempo para vender mis muebles, dijo despidiéndose.

Durante el poco tiempo que la señora de la Chanterie había apoyado su brazo en el de Godofredo y ambos habían marchado juntos, Godofredo no había podido disipar la aureola que aquellas palabras: «Su cuenta de usted asciende á un millón seiscientos mil francos», dichas por Luis Mongenod, daban á aquella mujer cuya vida transcurría en el fondo del claustro

de Notre-Dame. Este pensamiento: «¡Debe ser rica!» cambiaba por completo su manera de ver.

—¿Qué edad tendrá? se preguntaba.

Y entrevió toda una novela en su permanencia en la calle de la Chanoinesse.

—Tiene aire de ser noble. ¿Hará negocios de banca? se decía.

En nuestra época, de mil jóvenes colocados en la situación de Godofredo, novecientos noventa y nueve habrían concebido el pensamiento de casarse con aquella mujer.

Un comerciante de muebles, que era un poco tapicero y principalmente alquilador de habitaciones amuebladas, dió tres mil francos por todo lo que Godofredo quería vender, dejándose aún durante los pocos días necesarios para el arreglo de la horrible habitación de la calle de la Chanoinesse, adonde aquel enfermo de espíritu no tardó en trasladarse. Se mandó á llamar á un pintor cuya dirección fué dada por la señora de la Chanterie, y que, por un precio módico, se comprometió á blanquear los techos, limpiar las ventanas, pintar las puertas y maderas y colocar los cristales, todo aquella misma semana. Godofredo tomó la medida de los cuartos para alfombrarlos todos con la misma alfombra de un color verde y de la especie menos cara. Quería la más sencilla uniformidad en aquella celda. La señora de la Chanterie aprobó esta idea, y calculó también, ayudada por Manón, la cantidad que se necesitaba de indiana blanca para las cortinas de las ventanas y para las de una modesta cama de hierro, encargándose después de mandarlas á comprar y hacer por un precio tan módico que sorprendió á Godofredo. Con los muebles que llevaba, la restauración de su habitación no le costaría más de seiscientos francos.

—De este modo podré llevar mil francos á casa del señor Mongenod.

—Nosotros hacemos aquí una vida cristiana, que

ya sabe usted que no está de acuerdo con el despilfarro y las cosas supérfluas, y yo creo que usted aun conserva mucho de esto como resto de su antigua vida, le dijo entonces la señora de la Chanterie.

Al dar este consejo á su futuro huésped, la dama miraba un diamante que brillaba en el anillo que sujetaba la corbata azul de Godofredo.

—Sólo me atrevo á dar á usted estos consejos, repuso ella, en la hipótesis de que siga usted con la intención de romper con la vida de disipación de que usted mismo se lamentaba en casa del señor Mongenod.

Godofredo contemplaba á la señora de la Chanterie saboreando las armonías de su voz límpida y examinaba aquel rostro completamente blanco, digno de una de aquellas holandesas graves y frías que tan bien reprodujo el pincel de la escuela flamenca, y en las que las arrugas son imposibles.

—Blanca y fresca, se decía al marcharse; pero tiene muchos cabellos blancos.

Godofredo, como todas las naturalezas débiles, se había acostumbrado fácilmente á la idea de una nueva vida creyendo que iba á ser feliz, y se había apresurado á trasladarse á la calle de la Chanoinesse; no obstante, tuvo una idea de prudencia ó de desconfianza si se quiere: dos días antes de su instalación volvió á casa del señor Mongenod para tomar informes sobre el sitio en que iba á entrar. Durante los pocos instantes que pasaba en su futura habitación para ver los cambios que se iban operando en ella, había observado las idas y venidas de mucha gente cuyo aspecto y catadura, sin ser misteriosos, permitían creer que los habitantes de aquella casa se dedicaban á alguna profesión ú ocupaciones secretas. En esta época se hablaba mucho de las tentativas que hacía la rama mayor de la casa de Borbón para subir al trono, y Godofredo creyó en alguna conspiración. Cuando se encontró en el despacho del banquero y

bajo el imperio de su escudriñadora mirada, al expresarle sus temores, se avergonzó de sí mismo y vió dibujarse una sonrisa sardónica en los labios de Federico Mongenod.

—La señora de la Chanterie es una de las personas más obscuras de París, pero es también una de las más honradas y dignas, le respondió el banquero. ¿Tiene usted motivos para pedirme informes?

Godofredo quiso apoyarse en futilidades; iba á vivir por mucho tiempo con gente extraña, y era preciso saber con quién se iba á tratar, etc. Pero la sonrisa del banquero se hacía cada vez más irónica, y Godofredo, cada vez más azorado, sintió vergüenza por él, pues no se atrevió á hacer más preguntas ni sobre la señora de la Chanterie ni sobre sus comensales.

Dos días después, un lunes por la noche, después de haber cenado por última vez en el café Inglés y de haber visto las dos primeras piezas en el teatro de Varietades, se fué á dormir á las diez á la calle de la Chanoinesse, siendo conducido á su habitación por Manón.

La soledad tiene encantos comparables á los de la vida salvaje, vida que nunca ha abandonado un europeo después de haberla gustado. Esto podrá parecer extraño en una época en que se vive tanto más para el prójimo, cuanto que todo el mundo se preocupa de lo que hace el vecino, y en que es tanto lo que la prensa, ese Argos moderno, progresa en atrevimiento y avidez, que la vida privada no tardará en desaparecer; no obstante, mi aserto se apoya en los seis primeros siglos del cristianismo, durante los cuales ningún solitario volvió á hacer vida social. Existen pocas llagas morales que no se curan con la soledad. Godofredo quedó admirado en un principio de la calma profunda y del silencio absoluto de su nueva morada, y sintió alivio con esto, como siente alivio con el baño el viajero fatigado.

Al día siguiente de su entrada como huésped en casa de la señora de la Chanterie, se vió obligado á considerarse separado de todo, aun de París, á pesar de que gozase aún de la sombra de la catedral. Desarmado allí de todas las vanidades sociales, iba á tener por únicos testigos de sus actos á su conciencia y á los comensales de la señora de la Chanterie. Aquello equivalía á dejar el camino del mundo y á entrar en una vía desconocida; pero ¿adónde le llevaría aquella vía? ¿á qué ocupación debía entregarse?

Hacia dos horas que estaba entregado á estas reflexiones, cuando Manón, la única criada de la casa, fué á llamar á la puerta y á decirle que el segundo almuerzo estaba servido y que le esperaban. Daban las doce del día. El nuevo huésped bajó en seguida, movido del deseo de juzgar á las cinco personas con quienes tenía que pasar en lo sucesivo su vida. Al entrar en el salón vió á todos los habitantes de la casa en pie y vestidos con los mismos trajes que llevaban el día en que él había entrado allí por primera vez.

—¿Ha dormido usted bien? le preguntó la señora de la Chanterie.

—No me he despertado hasta las diez, respondió Godofredo saludando á los cuatro comensales, que se apresuraron á devolverle el saludo con gravedad.

—Le hemos esperadó á usted, dijo sonriéndose el anciano llamado Alain.

—Manón me ha hablado de un segundo almuerzo, repuso Godofredo. Al parecer, he faltado ya sin querer á la regla... ¿A qué hora se levantan ustedes?

—No nos levantamos enteramente lo mismo que los antiguos monjes, respondió graciosamente la señora de la Chanterie, sino como los obreros. A las seis en invierno y á las tres y media en verano. Nuestra hora de acostarnos obedece á la del sol. En invierno á las nueve estamos ya dormidos, y en verano á las once. Tomamos todos un poco de leche que nos

traen de nuestra quinta, después de haber rezado nuestras oraciones, á excepción del padre Veze, que dice la primera misa á las seis en verano y á las siete en invierno en Notre-Dame, á la cual asisten estos señores todos los días, lo mismo que vuestra muy humilde servidora.

La señora de la Chanterie acababa esta explicación sentada ya á la mesa, que ocupaban ya, sentados también, sus cinco huéspedes.

El comedor, pintado todo de color gris, y cuyo maderamen y dibujos denotaban el estilo del siglo de Luis XIV, estaba contiguo á aquella especie de antecala que ocupaba Manón y que parecía ser paralela al cuarto de la señora de la Chanterie, que comunicaba sin duda con el salón. El mobiliario consistía en seis sillas cuyo respaldo de forma oval estaba tapizado evidentemente por manos de la señora de la Chanterie, en dos alacenas y una mesa de caoba, en la que Manón no ponía nunca mantel para el almuerzo. Este almuerzo, de una frugalidad monástica, se componía de un pequeño rodaballo con salsa blanca, patatas, ensalada y cuatro clases de frutas: albaricoques, uva, fresas y almendras frescas; por entremeses, miel, manteca, rábanos, cohombros y sardinas. La vajilla era de aquella porcelana con florecitas azules y hojas verdes y menudas que sin duda fué de gran lujo en tiempo de Luis XVI, pero que las crecientes exigencias de la vida actual han hecho común.

—Comemos de vigilia, dijo el señor Alain. Ya comprenderá usted que si vamos á misa todos los días, obedecemos ciegamente á las prácticas más severas de la Iglesia.

—Y usted, espero que empezará á imitarnos, dijo la señora de la Chanterie mirando de reojo á Godofredo, que estaba sentado á su lado.

De los cinco convidados, Godofredo conocía ya los nombres de la señora de la Chanterie, del abate Veze

y del señor Alain; pero le faltaba saber los nombres de las otras dos personas. Estas guardaban silencio y comían con esa atención que los religiosos parecen prestar á los más insignificantes detalles de sus comidas.

—Señora, ¿provienen también de su quinta estas hermosas frutas? preguntó Godofredo.

—Sí, caballero, respondió la dama. Lo mismo que el gobierno, tenemos nuestra pequeña quinta modelo, que es á la vez casa de campo y que está situada á tres leguas de aquí, en la carretera de Italia, cerca de Villeneuve-Saint-Georges.

—Es una propiedad que nos pertenece á todos y que ha de quedar para el último superviviente, dijo el buen Alain.

—¡Oh! vale poca cosa, añadió la señora de la Chanterie, que pareció temer que Godofredo considerase sus palabras como un anzuelo.

—Hay treinta fanegas de tierra laborables, seis fanegas de prado y un cercado de cuarenta fanegas en cuyo centro se encuentra nuestra casa, que tiene delante y á alguna distancia la quinta, dijo á Godofredo uno de los dos personajes desconocidos.

—¡Pero esa propiedad debe valer más de cien mil francos! respondió Godofredo.

—¡Oh! no sacamos de ella más que nuestras provisiones, respondió el mismo personaje desconocido.

Era éste un hombre alto, grave y seco. Al primer golpe de vista se notaba que había servido en el ejército; sus cabellos blancos mostraban á las claras que había pasado de los sesenta años, y su rostro expresaba la existencia de violentos pesares, soportados con auxilio de la religión. El segundo desconocido, que parecía tener algo á la vez de profesor de retórica y de hombre de negocios, era de estatura ordinaria, gordo, y sin embargo ágil; su rostro denotaba la jovialidad propia de los notarios y de los procuradores de París.

El traje de estas cuatro personas ofrecía el fenómeno de una limpieza debida á escrupulosos cuidados. En los más insignificantes detalles se verá la misma mano, la de Manón. Sus ropas tenían sin duda diez años y se conservaban como se conservan las de los curas por el poder oculto del amo y del uso constante. Aquella gente parecía llevar el uniforme correspondiente á su régimen de vida: sus miradas estaban acordes, sus rostros respiraban una dulce resignación y una quietud provocante.

—Señora, ¿cometeré una indiscreción preguntando el nombre de estos señores? dijo Godofredo. Estoy dispuesto á contarles mi vida; ¿no podría saber de las suyas lo que las conveniencias permiten que se sepa?

—Este caballero, respondió la señora de la Chanterie señalando al hombre alto y seco, se llama don Nicolás, y es coronel de gendarmes retirado con el grado de mariscal de campo. Este otro señor, añadió señalando al hombrecito grueso, es un antiguo consejero de la audiencia real de París, que se ha retirado de la magistratura en agosto de 1830 y que se llama don José. Aunque sólo esté usted aquí desde ayer, le diré que en el mundo don Nicolás llevaba el nombre de marqués de Montaurau, y don José el de Lecamús, barón de Fresnes; pero para nosotros, como para todo el mundo, estos nombres no existen ya, pues no tienen herederos; se anticipan al olvido que espera á sus nombres, y se llaman sencillamente don Nicolás y don José, como usted se llama don Godofredo.

Al oír pronunciar estos dos nombres, tan célebre el uno en los fastos del realismo por la catástrofe que terminó con la toma de armas de los chuanes al principio del Consulado, y tan venerado el otro en los fastos del antiguo parlamento de París, Godofredo no pudo contener un estremecimiento; pero al contemplar aquellos dos despojos de las dos cosas más grandes de la monarquía derribada, la nobleza y la toga,

no vió ninguna inflexión en sus facciones, ni ningún cambio de fisonomía que revelase en ellos pensamiento alguno mundano; aquellos dos hombres no se acordaban ya ó no querían acordarse de lo que habían sido, y esta fué la primera lección que recibió Godofredo.

—Caballeros, cada uno de sus nombres de ustedes es toda una historia, les dijo con respeto.

—La historia de mi tiempo, ¡ruinas! respondió don José.

—Está usted en buena compañía, repuso sonriendo el señor Alain.

La figura de este hombre puede describirse con dos palabras: era la misma que tiene el pequeño burgués de París: un buen ciudadano con cara de borrego realizada por cabellos blancos, pero desagraciada por una sonrisa eterna.

Respecto al sacerdote, al padre Veze, su calidad lo decía todo. El sacerdote que llena su misión se conoce á la primera mirada que os dirige y que le dirigís.

Lo que llamó extraordinariamente la atención de Godofredo durante los primeros momentos fué el profundo respeto que los cuatro huéspedes profesaban á la señora de la Chanterie; todos, hasta el sacerdote, á pesar del carácter sagrado que le daban sus funciones, parecían encontrarse ante una reina. Godofredo notó la sobriedad de todos los comensales. Todos comían para vivir. La señora de la Chanterie, lo mismo que sus huéspedes, tomó un solo albaricoque y medio racimo de uvas; pero advirtió á su nuevo huésped que no debía imitarles, y le ofreció frutas de todos los platos.

La curiosidad de Godofredo quedó excitada en el más alto grado con este debut. Después del almuerzo, al entrar en el salón lo dejaron solo, y la señora de la Chanterie tuvo un conciliábulo secreto con los cuatro amigos en el alféizar de una de las ventanas. Esta

conferencia, que carecía de animación, duró una media hora. Hablaban en voz baja, cambiando palabras que todos parecían haber madurado mucho. De vez en cuando, el señor Alain y don José consultaban un cuaderno hojeándolo.

—Vea usted el arrabal, dijo la señora de la Chanterie á don José, que partió.

Esta fué la primera palabra que Godofredo pudo oír.

—Y usted al barrio Saint-Marceau, repuso dirigiéndose á don Nicolás.

—Recorra usted el arrabal de Saint-Germain y procure encontrar lo que necesitamos, añadió dirigiéndose al abate Veze, el cual salió inmediatamente.

—Y usted, mi querido Alain, dijo sonriéndose al último, ¡pase usted revista... Ya están decididos los asuntos de hoy, dijo volviendo al lado de Godofredo.

Y se sentó en un sofá, tomó de una mesita que tenía delante de ella unas piezas de tela cortada, y se puso á coser como si no empezase en aquel momento el trabajo.

Godofredo, perdido en sus conjeturas y creyendo en una conspiración realista, tomó la *posse* de su patrona por un exordio y se puso á estudiarla sentándose á su lado. Quedó sorprendido de la singular destreza con que trabajaba aquella mujer, cuyos más insignificantes modales hacían ver en ella á la gran dama; tenía la rapidez de una obrera, pues todo el mundo puede reconocer por sus modales la manera de trabajar de un obrero y la de un aficionado.

—Trabaja usted en ese oficio como si no hubiese hecho usted otra cosa en su vida, le dijo Godofredo.

—¡Ay de mí! respondió la dama sin levantar la cabeza, hubo un tiempo en que tuve que hacerlo por necesidad.

Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de aquella anciana, y, rozando sus mejillas, fueron á caer sobre la ropa que cosía.

—Dispéñseme usted, señora, exclamó Godofredo.

La señora de la Chanterie miró á su nuevo huésped y vió en su rostro tal expresión de pesar, que le hizo un signo amistoso. Después de haberse enjugado los ojos, recobró en seguida la calma que la caracterizaba.

—Don Godofredo (ya sabe usted que sólo le nombraremos por su nombre de bautismo), está usted aquí en medio de los despojos de una gran tempestad. Estamos todos aquí heridos y atacados en nuestros corazones, en nuestros intereses de familia ó en nuestra fortuna, por ese huracán de cuarenta años que ha derribado el reino y la religión y que ha dispersado los elementos de lo que constituía la antigua Francia. Palabras indiferentes en apariencia nos hieren ó nos evocan tristes recuerdos, y tal es la razón del silencio que reina aquí. Rara vez nos hablamos de nosotros mismos; procuramos olvidarnos, y hemos encontrado el medio de substituir nuestra antigua vida por otra vida. Después de su confidencia en casa de Mongenod, me pareció ver alguna semejanza entre su situación de usted y la nuestra, y por eso decidí á mis cuatro amigos á que le recibiesen á usted entre nosotros; por otra parte, precisábanos encontrar un monje más para nuestro convento. Pero ¿qué va usted á hacer? Es imposible entregarse á la soledad sin provisiones morales.

—Señora, al oírla á usted hablar de ese modo, me consideraré muy feliz si usted se digna ser el árbitro de mi destino.

—Habla usted como hombre de mundo y quiere usted adularme á mí, que tengo ya sesenta años, repuso. Querido hijo mío, sepa usted que está en medio de gentes que creen ciegamente en Dios, que han sentido su mano y que se han entregado á él casi tan enteramente como si fuesen trapenses. ¿Ha observado usted alguna vez la seguridad profunda del verdadero sacerdote cuando se ha entregado al Señor, cuando

escucha su voz y se esfuerza por ser un instrumento dócil de los dedos de la Providencia?... Desaparecen entonces la vanidad, el amor propio y esas pasiones que causan continuas heridas á las gentes mundanas; su quietud iguala á la del fatalista, y su resignación le hace soportarlo todo. El verdadero sacerdote, un padre Veze, está entonces como un niño con su madre, pues la Iglesia, querido amigo mío, es una buena madre. Ahora bien; se puede ser sacerdote sin haber recibido la tonsura, y no todos los sacerdotes están ordenados. Entregarse al bien es imitar al buen sacerdote, es obedecer á Dios. No quiero predicarle á usted, no quiero convertirle, trato únicamente de explicarle nuestra vida.

—Instrúyame usted, señora, dijo Godofredo subyugado, á fin de que no falte á ningún artículo de su reglamento.

—Sería labor demasiado penosa para hacerlo en un momento, y ya lo irá usted aprendiendo por grados. Ante todo le recomiendo que no hable nunca de sus desgracias, que son granos de anís comparadas con las desdichas con que Dios ha herido á los que viven á la sazón en vuestra compañía.

Mientras hablaba de este modo, la señora de la Chanterie seguía haciendo sus puntos con una regularidad desesperante; pero al pronunciar estas últimas palabras, levantó la cabeza y miró á Godofredo, que estaba encantado de la penetrante dulzura de su voz, que hemos de confesar que poseía una unción apostólica. El joven enfermo contemplaba con admiración el fenómeno bastante extraordinario que ofrecía aquella mujer, cuyo rostro resplandecía. Un tinte rosáceo había animado sus mejillas pálidas, antes como un cirio; sus ojos brillaban, la juventud del alma resplandecía sus ligeras arrugas, y todo en ella solicitaba afecto. Godofredo medía en aquel momento la profundidad del abismo que separaba á aquella mujer de las mujeres de sentimientos vulgares; la veía

llegada al pico inaccesible adonde la religión la había conducido, y era aún demasiado mundano para no verse herido en lo más vivo y no desear subir á la cima aguda en que la señora de la Chanterie se hallaba, con el fin de sentarse á su lado. Entregándose á un estudio profundo de aquella mujer, le contó las decepciones de su vida y todo lo que no había podido decir en casa de Mongenod, donde su confianza se había limitado á la exposición de su situación.

—¡Pobre muchacho!...

Esta exclamación maternal, salida de los labios de la señora de la Chanterie, caía como un bálsamo sobre el corazón del joven.

—¿Conque puedo yo substituir tantas esperanzas perdidas y tanto afecto mentado? preguntó al fin Godofredo mirando á la dama, que se había puesto pensativa. He venido aquí para reflexionar y tomar un partido. He perdido á mi madre, reemplácela usted.

—¿Tendrá usted la obediencia de un hijo? le preguntó la dama.

—Sí, si tiene usted toda la ternura de una madre.

—Pues bien, lo ensayaremos.

Godofredo tendió su mano para tomar una de las de la anciana, que ésta le ofreció adivinando su intención, y que él llevó respetuosamente á los labios. La mano de la señora de la Chanterie era hermosísima, sin arrugas, ni gorda ni delgada, blanca como la nieve, y tan bien hecha que podía servir de modelo á un escultor. Godofredo había admirado aquellas manos, encontrándolas en armonía con su voz y con el azul celeste de sus ojos.

—Espere usted un momento, dijo la señora de la Chanterie levantándose y entrando en su habitación.

Godofredo experimentó una viva emoción y no sabía á qué orden de ideas atribuir el movimiento de aquella mujer. Pero no permaneció mucho tiempo sumido en sus dudas, pues la dama volvió á poco llevando un libro en la mano.